



CUARTO DOMINGO DE PASCUA

“Yo soy el Buen Pastor... y doy mi vida por las ovejas”

Luis Fernando Crespo

Les recomiendo leer los textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Hechos 4,8-12; 1 Carta de Juan 3,1-2; Juan 10,11-18

Las lecturas de este domingo nos mantienen en el ambiente pascual de los domingos anteriores, Si bien la del evangelio no pertenece ya a los relatos en torno a la manifestación del Resucitado a los discípulos, leído a la luz de la fe en la resurrección, permite una más profunda comprensión de Jesús.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles mantiene una vinculación estrecha con la del domingo pasado. Las dos se refieren a la explicación de Pedro sobre la curación del hombre tullido a la puerta del Templo (Hech.3). La primera fue ante el pueblo reunido a raíz del acontecimiento. La que leemos hoy retoma la proclamación de Pedro ante las autoridades de Jerusalén –Hech. 4,5-6 hace una precisa enumeración de ellas-, diciendo que esa curación “ha sido por el nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien ustedes crucificaron y al que Dios resucitó de entre los muertos”. Y termina afirmando que no sólo para el hombre tullido, sino que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”. La acción de Dios resucitando a Jesús lo constituye en salvador y nos alcanza a nosotros: ¡salvados por la muerte y resurrección de Jesucristo! Lo que además de ser una buena noticia, significa e implica que “vivamos una vida nueva” (Rom.6,4), que ha de inspirarse, ciertamente, en el seguimiento de Jesús, y que debe concretarse en la novedad de cada tiempo y circunstancia. Eso demanda atención esmerada a “los signos de los tiempos”. ¿Qué oportunidad de salvación para la humanidad nos ofrece este tiempo terrible de la pandemia? ¿Cómo ir construyendo esa “vida nueva”, esa humanidad nueva, solidaria y fraterna, en la que, al decir de Jesús, los últimos sean considerados

* Ciclo B.

primeros, reconocidos y escuchados, sin olvidos ni paternalismos, y los que fueron primeros hasta hora se reconozcan y comporten como hermanos y servidores? En términos de hoy, no se trata de volver a la normalidad de ayer, sino de poner las bases de un mañana distinto, de hombres y mujeres que se reconocen iguales, se respetan y promueven, sin atisbos de racismo y desprecio como los que en estos días con preocupación vemos aparecer..

La lectura de la Primera Carta de Juan va al fondo de lo que en términos cristianos habría de ser el fundamento más firme de la fraternidad: por la muerte y resurrección de Jesús se manifiesta nuestra dignidad y vocación de hijos e hijas de Dios. Lo que directamente es dicho de la comunidad: “Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” alcanza a todas las personas. Lo que falta -y es precisamente nuestra tarea, cada día más urgente, en la historia- es la traducción a condiciones y relaciones sociales que correspondan y expresen realmente esa dignidad. Ahí se conjugan lo que se ha llamado la dimensión mística -reconocernos amados del Padre- y la dimensión política –construir la fraternidad- de la vida cristiana.

Hacia esa experiencia nos conduce el Buen Pastor del que habla el evangelio según san Juan. La imagen del “pastor” era frecuente en el mundo antiguo y también la encontramos en la Biblia, en concreto en los Salmos, en Jeremías y Ezequiel. Dios se presenta como el verdadero Pastor de su pueblo, está en medio, se preocupa y lo cuida. Jesús se apropia de la imagen para manifestar su cercanía y mutua relación: “conozco a mis ovejas y las mías me conocen a mí”. Y añade algo más que, cuando escribe el autor del evangelio, ya ha sido demostrado en la entrega de Jesús hasta la muerte: “Y doy mi vida por las ovejas”. El pastor auténtico no vive a costa de las ovejas, ni las abandona a su suerte en los momentos de peligro, como hace el “asalariado”. El pastor vive para las ovejas “para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Jesús anticipa en esas palabras lo que fue su estilo de vida: vivir para los demás, al servicio de la vida plena de todos, y especialmente de los más débiles. Nadie queda excluido: “también tengo otras ovejas que no son de este redil, también a éstas las tengo que conducir”. Estos rasgos, con los que Jesús se identifica y da a conocer, han sido referidos a la misión de la Iglesia en su conjunto, y así se habla de la acción “pastoral”; pero también para designar a los responsables de las comunidades y para orientar cómo ejercer su responsabilidad. El papa Francisco se lo recuerda cuando les pide que no tengan estilo de “funcionarios”, sino que han de tener “olor a oveja”, cercanía y entrega a su pueblo.

La imagen da para más. Toda persona está llamada a ser pastor o pastora de los demás. Hoy lo expresamos mejor diciendo que nos realizamos como personas cuando nos hacemos responsables del cuidado de la vida de nuestros prójimos, especialmente de la gente cuya vida esta amenazada por la exposición mayor al contagio, por la falta de acceso a la salud, por el desempleo y el hambre, por la brecha creciente debida al desigual acceso a la educación y tantos otros olvidos. El seguimiento de Jesús, el Buen Pastor, debería traducirse en una práctica y una espiritualidad del cuidado y protección a las personas más desvalidas. Y no mirar sólo a las personas de nuestro “redil”; también las “otras”, las más lejanas y vulnerables, -recuerda Jesús- reclaman nuestro cuidado y preocupación. Podemos encontrar también en las palabras de Je-

sús un criterio orientador -de ninguna manera una consigna- para el difícil discernimiento político que nos espera.

La imagen del pastor y las ovejas no es más que eso, una imagen. “Las ovejas escuchan su voz” (10,3), pero “no conocen la voz de los extraños” (10,5). No hay que olvidar que en la realidad las ovejas somos y son personas, capaces de discernir para actuar con libertad. No es propio del pastor abusar de la docilidad de las ovejas, sino más bien formar y promover personas y creyentes adultas, capaces además de acompañar y cuidar a los propios pastores. A ese mutuo acompañamiento y responsabilidad apunta sin duda la propuesta de una Iglesia sinodal.

Una doble pregunta para pensar en la semana: ¿Cómo es mi relación con el Pastor, escucho su voz y le sigo? ¿En qué actitudes y acciones concreto mi responsabilidad de pastoreo y cuidado hacia los demás?